

En lo que se refiere a la reconstrucción del texto latino, también hay que agradecer —¡y mucho!— el gran esfuerzo desplegado por las autoras del libro para trazar las fuentes del pensamiento gundisalviano. Así, tanto en las notas al texto como en la introducción se hace hincapié en la gran influencia que ejerce sobre el *Tractatus*, además del *De anima* de Avicena, el *Fons vitae* de Ibn Gabirol que fueron traducidos ambos con la colaboración de Gundisalvo. En este orden de cosas tal vez hubiese valido la pena analizar también las posibles correspondencias con *ha-Emunah ha-Ramah* de Ibn Daud, con quien Gundisalvo colaboró intensamente.

La estrecha relación entre el *Tractatus* y algunos textos traducidos con la participación de Gundisalvo o que pertenecieron a su entorno intelectual más inmediato, nos lleva a comentar la cuestión de la autenticidad de la obra. También en este caso las autoras han optado por un criterio bastante prudente, que se refleja en el mismo título de la obra: *El Tractatus de anima atribuido a Dominicus Gundis[s]alimus*. Ahora bien, personalmente creo que no puede haber duda de la autenticidad, la cual queda confirmada explícitamente por dos manuscritos que atribuyen la obra a Gundisalvo (en los manuscritos restantes no hay atribución).

El argumento sostenido hace muchos años por Manuel Alonso (1948), según el cual Avendauth sería el autor de la obra, es insostenible. Como punto de partida Alonso tomó una identificación supuestamente lanzada por Alberto Magno quien, en la segunda parte de su *Summa theologiae* (ca. 1270), discutiendo un pasaje del *Tractatus de anima*, se referiría a un tal Iohannes Toletanus como el autor del mismo.

Hoy sabemos que este texto no es obra directa de Alberto Magno, sino que fue recopilado por su discípulo Godefredus de Dusborch, a partir de obras anteriores de Alberto. Y efectivamente, Gundisalvo y su *Tractatus de anima* figuran, y de manera muy prominente, en el *De homine* de Alberto Magno. Sin embargo, éste aquí nunca se refiere a Gundisalvo como Iohannes Toletanus, sino solamente como Toletanus (en la edición de Borgnet transcrito equivocadamente como «Collectanus»). La identificación del autor del *Tractatus de anima* con Iohannes Toletanus no corresponde, por lo tanto, a Alberto Magno ni descansa sobre una base sólida, sino que fue un mero intento de Godefredus de Dusborch de dar un nombre al toledano anónimo del cual habla Alberto. Pero incluso aceptando esta identificación más que dudosa, no hay motivo alguno para luego identificar este supuesto Iohannes Toletanus con Avendauth, como lo hizo el P. Alonso. Estamos de acuerdo, por lo tanto, con la atribución del *Tractatus* a Gundisalvo que defienden Alonso del Real y Soto Bruna, añadiendo que nos parece la única posible.

Eso también queda demostrado por la excelente introducción de María Jesús Soto Bruna que subraya la unidad de la obra de Gundisalvo. Así, Soto Bruna insiste en el paralelismo entre la ontología y la gnoseología que caracteriza su obra mostrando cómo esta correspondencia se articula precisamente en el conjunto de sus dos libros *Tractatus de anima* y *De processione mundi* (éste último fue editado hace diez años por las dos estudiosas).

Celebramos, pues, la aparición de este nuevo resultado de la fructífera colaboración de las dos profesoras de Navarra, en la cual se complementan de manera ejemplar el rigor filológico y el interés sistemático-filosófico.

ALEXANDER FIDORA  
ICREA-Universidad Autónoma de Barcelona

LEJBOWICZ, Max (Ed.): *L'Islam médiéval en terres chrétiennes: science et idéologie*. Préface de Jean Celeyrette / Max Lejbowicz (Les savoirs mieux 26). Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2008, 176 pp.

Muchas han sido las reacciones que ha suscitado la publicación del libro de Sylvain Gouguenheim *Aristote au Mont-Saint-Michel. Les racines grecques de l'Europe chrétienne* (París 2008).

La discusión de las tesis del profesor de historia medieval de Lyon, quien se propone acabar con el supuesto tópico de la deuda cultural de Europa con el Islam, se había desarrollado, hasta ahora, en un contexto mediático. Lo que se echaba en falta era el debate en el medio propiamente académico, con el rigor y la sobriedad que éste exige, aspectos que no siempre se encuentran en la prensa y en plataformas de discusión de internet.

El libro editado por Max Lejbowicz, fruto de un coloquio acontecido en la Sorbona en octubre de 2008, viene a llenar este vacío, reuniendo textos de John Tolan, Jean Jolivet, Abdelali Elamrani-Jamal,

Marie-Geneviève Balty-Guesdon, Régis Morelon, Louis-Jacques Bataillon, Sten Ebbesen y Max Lejbowicz. Además, cuenta con diversos apéndices; a saber, el dossier de prensa (y de internet) de la controversia, así como una bibliografía de Gouguenheim, y otro apéndice que tiene en cuenta los trabajos fundamentales del tema tratado en su libro (y que el autor parece ignorar en buena medida).

El enfoque del presente volumen y de sus aportaciones es doble, ya que, como se expone en la lúcida introducción de Jean Celeyrette y Lejbowicz, el libro de Gouguenheim contiene dos tesis:

- a) En primer lugar el autor quiere mostrar que las traducciones arabo-latinas de las obras de Aristóteles del siglo XII, producidas sobre todo en la Península Ibérica, fueron un fenómeno marginal y sin importancia alguna frente a las traducciones greco-latinas que se elaboraron al mismo tiempo, supuestamente en el Monte Saint-Michel.
- b) En cuanto a la segunda tesis, Gouguenheim no sólo no se contenta con postular la irrelevancia histórica de la tradición árabe para el Medioevo latino, cuyos orígenes serían estrictamente griegos, sino que incluso insiste en mostrar que es por su propia esencia y naturaleza, por así decirlo, que el mundo árabe no fue y no pudo ser transmisor del saber griego al occidente latino, ya que la cultura islámica y, sobre todo, la lengua árabe en tanto que lengua semítica no sería capaz de recibir y transmitir los conceptos de la filosofía griega.

Ciertamente sería más fácil pasar por alto estas afirmaciones como indignas de toda discusión académica y/o denunciarlas como expresión de un determinado discurso político, que entrar en un verdadero diálogo científico con ellas. Sin embargo, los autores del presente volumen evitan los tonos polémicos que pudieran suscitar las afirmaciones referidas y optan, en cambio, por someter las páginas de Gouguenheim a una valoración estrictamente científica, tal y como procede. De esta manera, muestran cómo Gouguenheim desarrolla sus tesis a partir de una mezcla de imprecisiones, incoherencias, visiones parciales y/o tendenciosas así como también simples errores históricos.

Bataillon y Ebbesen, por ejemplo, apuntan las carencias del trabajo de Gouguenheim en lo que se refiere a los supuestos manuscritos aristotélicos del Monte Saint-Michel; Gouguenheim parece confundir muchas veces el lugar de conservación de un manuscrito con su procedencia: que un manuscrito haya pasado, en algún momento de su historia, por la biblioteca de la Abadía del Monte Saint-Michel, no es prueba alguna de que haya sido copiado allí, y mucho menos que haya sido traducido allí por Jacobo de Venecia. Hoy por hoy, parece más que dudoso que éste último trabajara alguna vez en el Monte Saint-Michel.

Tolan y Jolivet examinan la aportación de la tradición árabe a la formación de la identidad filosófica europea: el primero muestra como traductores y autores medievales, por ejemplo Adelardo de Bath y Pedro Alfonso, construían sus respectivas identidades en tanto que filósofos a medio camino entre la tradición árabe y la latina. Jolivet, por su parte, insiste en la inestimable contribución de autores como Avicena para el desarrollo de la metafísica y de la ontología en el mundo latino, aportación que parece no haber sido contemplada por Gouguenheim. También señalan el desconocimiento de algunas obras fundamentales por parte de Gouguenheim, como lo es *Greek Thought, Arabic Culture* de Dimitri Gutas.

Elamrani-Jamal, Balty-Guesdon y Morelon a su vez se concentran en la segunda tesis de Gouguenheim, a saber, la incompatibilidad de la tradición árabe y el pensamiento griego. Demuestran como el discurso de Gouguenheim sobre la insuficiencia de las lenguas semíticas como transmisoras del saber griego se alimenta de tópicos que ya parecían superados desde hace décadas. Asimismo, apuntan a la clara incoherencia de Gouguenheim, quien al mismo tiempo que proclama la incapacidad de las lenguas semíticas para acoger el legado aristotélico, elogia a los traductores y las traducciones de obras de Aristóteles al siríaco olvidando, al parecer, que también esta lengua es semítica. También se analiza con detalle el rol de la Casa de la Sabiduría en Bagdad, que Gouguenheim considera secundario, y también el desarrollo de la astronomía árabe, que este estudioso pretende reducir a astrología «convirtiendo», además, a uno de los mayores representantes de la astronomía árabe, el musulmán Thabit Ibn Qurra, en el obispo cristiano Teodoro Abu Qurra.

El tomo se cierra con un poderoso epílogo de Lejbowicz. Entre muchas otras cosas, éste remarca lo falaz del planteamiento de Gouguenheim al empeñarse en establecer el origen no-semítico de una Europa cristiana, cuando el mismo concepto de Cristianismo remite forzosamente a sus «raíces» (para utilizar la imagen de Gouguenheim) semíticas.

No cabe duda, después de lo dicho, que *L'Islam médiéval en terres chrétiennes: science et idéologie* es una respuesta digna a *Aristote au Mont-Saint-Michel*. En un momento en que el debate intercultural se ha puesto de moda, nuestra disciplina se ve envuelta, de pronto, en un discurso que exige no sólo la erudición que la caracteriza, sino también una deontología profesional basada en la responsabilidad social y

política, más allá del discurso sensacionalista y simplificador. Un libro de bolsillo como éste, escrito de manera entendedora por especialistas a un precio módico, asume de pleno este reto.

Al mismo tiempo, esta controversia debería servirnos como estímulo para profundizar en el estudio de traductores y filósofos como Domingo Gundisalvo, Herman de Carintia, Adelardo de Bath y tantos otros. Por su situación liminal entre el mundo latino y árabe y su participación activa en el discurso filosófico centro-europeo del s. XII, éstos nos ofrecen las claves para llegar a entender la compleja interacción entre los diferentes procesos de transmisión que, lejos de ser vías alternativas, parecen complementarse confluyendo en una misma síntesis que constituye la fisonomía intelectual de la tradición filosófica europea.

ALEXANDER FIDORA

ICREA-Universidad Autónoma de Barcelona

JOAQUÍN LOMBA: *Avicena esencial. El Ser Necesario posee la belleza y el esplendor puros*. Introducción y antología por J. Lomba. Ed. Montesinos. Barcelona, 2009. 225 pp.

Joaquín Lomba, conocido especialista en filosofía árabe —lengua en la que están expresados la mayoría de los textos en que escribieron los más importantes exponentes de la filosofía en el mundo del Islam, fueran judíos, cristianos o musulmanes—, ha publicado muchos trabajos en este ámbito de conocimiento y ha traducido bastantes obras de autores musulmanes, especialmente las del zaragozano Avempace. Hoy nos ofrece una magnífica introducción al pensamiento de Avicena, filósofo y médico del Oriente musulmán, nacido hacia el año 980 y muerto en 1037. Fue un autor que tuvo una amplísima repercusión en el Occidente europeo, donde fue traducido al latín y donde ejerció profunda influencia en los más importantes pensadores de los siglos XIII y XIV, desde Alberto Magno y Tomás de Aquino a Roger Bacon, Duns Escoto y otros. Recuérdese cómo Dante ubica a Avicena junto a los grandes nombres del pensamiento griego, presididos por «il maestro di color che sanno», Aristóteles, que está sentado entre su familia de filósofos (*La Divina Comedia*, Infierno, canto 4, 130-151). Dante lo considera un filósofo, no un representante de la religión islámica, como Mahoma y Alí, quienes aparecen en el Canto 28 del mismo Infierno. La influencia de Avicena como médico perduró hasta comienzos del siglo XVII.

La obra que comentamos, publicada por la Editorial Montesinos, pertenece a la Colección «Esen-cial», dirigida por el Profesor de la Universidad de Barcelona, Miguel Candel. Está dividida, según los criterios editoriales, en dos partes, una primera de introducción al pensamiento del autor y otra con una amplia antología de textos del autor, a las que se añaden una breve pero muy útil bibliografía.

En la introducción, Joaquín Lomba ofrece un esbozo biográfico de Avicena y una referencia a sus escritos, con indicación de sus ediciones y de las escasísimas traducciones españolas de su obra (sólo las selecciones publicadas por Miguel Cruz Hernández, Carlos Segovia y Rafael Ramón). Sigue después una desarrollada exposición del pensamiento aviceniano, con indicación de los principales problemas de interpretación que éste plantea, especialmente el referente a la llamada «filosofía oriental», de corte no aristotélico según las lecturas de H. Corbin y sus seguidores.

La relación que del pensamiento de Avicena hace Joaquín Lomba, en la que incluye un apartado dedicado a la medicina del *Canon*, viene avalada por los propios textos del pensador musulmán a los que continuamente remite y que son los que forman la segunda parte de la obra que comentamos, donde Lomba realiza una muy precisa y significativa selección de textos, ordenados según el criterio de la exposición que del pensamiento de Avicena ha ido haciendo.

La obra de Joaquín Lomba es muy clara y rigurosa y facilita al lector el acceso al pensamiento del gran filósofo y médico que fue Avicena, abriendo el campo para que nuevas generaciones de investigadores se adentren en el filósofo persa y en su obra.

RAFAEL RAMÓN GUERRERO

Universidad Complutense de Madrid